

lo mismo. Me cogió la mano temblando, por encima del mostrador, en donde yo estaba midiendo una pieza de lienzo, y me la apretó indagando en mi rostro si estaba enfadada. No dije cosa alguna, ni me enfadé, lo cual le animó:

—Con que ¿no estais enfadada conmigo, Genoveva?— me dijo.

Solamente le contesté que no, con voz muy suave, sin retirar la mano.

Nos estuvimos así los dos mucho tiempo, mucho tiempo, sin decirnos nada; pero mi corazón palpitaba con tal fuerza y el suyo también, contra el mostrador, que se les oía como la péndola del reloj.

—Genoveva, me dijo por fin, ¿mi padre os ha dicho algo?

—Sí, fué toda mi respuesta.

—Entonces... nos casaremos el mes que viene.

—¿El mes que viene? repliqué.

—Sin duda, añadió levantándose, y retirando su mano para palmotear en señal de alegría.

—Sin duda, repuse con gravedad, como si hiciese un juramento.

—Entonces vamos á pasear por los prados, porque no puedo estar quieto. Las plantas de los piés me duelen de deseo que tengo de ir con vos, Genoveva, y de decir á todos los conocidos que encontremos y que pregunten: ¿con quién va Cipriano? Con su prometida.

Y salimos.

Nos estuvimos paseando toda la tarde, yendo hasta muy lejos, muy lejos, por los prados á orillas del río. Pepita nos acompañaba sin comprender nada y jugando delante y detras con las mariposas que volaban sobre la yerba, y los pececillos que nadaban debajo del agua. No nos hablábamos mucho mas que en casa; llevábamos las manos asidas siempre por las puntas de los dedos como los niños de la escuela. Esto le gustaba á él y á mi también, y suspirábamos tanto, que la niña me decía en secreto: ¿Estas tris-

te, Genoveva? ¿Para qué habrá venido ese pícaro de Cipriano á incomodarte?

Cipriano se reía cuando yo le repetía lo que había dicho Pepita, y cuando esta se alejaba ponía las puntas de mi delantal sobre los ojos como si llorara; pero lo hacía para reír y mirar riendo á Cipriano, que me apretaba los dedos. La niña venía á quitarme el delantal de los ojos, y decía: ¡Ah! os reis; era por engañarme.

## XXVII.

No regresamos á casa aquel día hasta muy tarde, cuando ya lo habíamos convenido todo. Cipriano debía volverse aquella misma noche á la montaña, hacer sus preparativos en las dos semanas siguientes, venir á buscarme á Voiron, para que los desposorios se hiciesen en el pueblo y en la casa de su padre por no poder su madre bajar, volverme el mismo día á Voiron, y por último nos casaríamos despues de la siega, en la semana antes de la Asuncion.

Salió contento como si ya fuésemos el uno para el otro. El pobre muchacho creía en mi palabra como si hubiese sido palabra de evangelio. ¡Ah, señor, cuán infiel le he sido! dijo Genoveva golpeándose el pecho con las agujas, como si quisiera hundirlas en su corazón; mas, á pesar de todo, fué con justo motivo, continuó en tono de convicción, pareciendo consolarse á sí misma.

—Cómo, Genoveva, la dije asombrado, ¿vos habeis sido infiel?

—¡Ay, señor! al decir infiel he querido espresar atolondrada; pero muy desgraciadamente atolondrada, vais á verlo. Mas antes de continuar refiriéndoos esto, permitídmeme que eche algunas astillas de abeto en la lumbre que se está apagando, y mirar si las patatas que he prometido llevar antes de ser de día á los hijos de la pobre Margarita, cuecen bien.

Puso astillas en el fuego, destapó la cazuela de estaño, echó un poco de agua á las patatas, que estaban ya algo doradas, y volvió á sentarse debajo del candil. Me prevaleí de este paréntesis

para desatar el collar de mi perro, que causaba ruido al coger las moscas, y para estender otra gota de aceite sobre el cañon de mi escopeta. Genoveva continuó:

## XXVIII.

El suceso de las doce piezas de á dos cuartos, que el padre de Cipriano habia contado en las posadas y por el camino al regresar á su pueblo, para alabarse de su habilidad, juntamente con el paseo que yo habia dado por los prados en compañía de su hijo al domingo siguiente, habian dado que decir en Voiron. Las vecinas y las jóvenes amigas mías, aparentaban burlarse de que me casara con un joven montañés, que usaba polainas de cuero y el pelo largo, pero en realidad todas me tenian envidia; bien lo conocia yo cuando me contaban, que ellas se decian unas á otras: «puesto que el montañés queria casarse en el llano, fácil le hubiera sido encontrar otras tan hermosas y mas ricas que Genoveva.» Las mas prudentes me felicitaban diciéndome: «Has hecho bien, Genoveva, el exterior es lo de menos; vas á incorporararte á una buena familia; tú merecias esta gracia de Dios por los muchos trabajos que te hizo padecer con tu madre. Esta se regocijará en el cielo al saber que te has unido á un joven tan hermoso, tan rico y tan honrado.» Yo lo escuchaba todo, y proyectaba estar lo mas hermosa que pudiese en nuestros desposorios, para dar honra á Cipriano.

## XXIX.

Habia llegado á juntar una corta cantidad en fuerza de mis ahorros, despues de haberme sostenido, y pagado el aprendizaje de la niña á la encajera, cuya cantidad puse en el cajon de la sal, al lado de nuestra cama. Me habia dicho á mi misma: «tienes que comprarte ropa blanca, un vestido nuevo, una cofia, zapatos de piel de cabra, una sortija de oro para Cipriano, y regalos para los parientes y las vecinas.» Lo empleé todo en un traje, pues mi ma-

dre no habia podido comprármelo antes de morir. Pero ya estaba equipada como una joven que hubiese tenido padre y madre. Todo lo tenia colocado sobre el cajon de la sal, á la cabecera de la cama. Iba veinte veces al dia á mirarlo y á decirme: «¿y qué parecerás, Genoveva, cuando te pongas esto?» Lo cierto es que yo no me atrevia siquiera á intentarlo, tal era el miedo que tenia de disfrazarme. Me avergonzaba de componerme así, aun delante de Pepita.

Pero al fin tuve que adornarme, pues era la mañana del dia en que Cipriano debia venir á buscarme para los desposorios. Llevé muy temprano á Pepita á casa de su maestra, y supliqué á esta señora que no la dejase salir en dos dias, y la hiciese acostar en compañía de sus niñas. La encargué que fuese muy buena, la besé y volvíme á vestir.

No bien habia concluido de atar mis zapatos, y de abrochar mi cinturón encarnado, cuando oí las pisadas de una mula que paraba delante de la puerta. Llamaron y fui á abrir: era Cipriano con vestido nuevo, con zapatos correspondientes, con sombrero igual, de alas grandes, que caian sobre sus hombros y casi tan prolongadas y negras como sus cabellos. Todavía no habia amanecido completamente, y eso que nos hallábamos ya á tres semanas despues de Pascua. No se veia aun á nadie por las ventanas ni por la calle.

Cipriano habia salido de la montaña, de noche, para estar en el valle al amanecer, con objeto de que saliendo al punto de mi pueblo, estuviéramos en el suyo á la hora de la misa. La mula estaba comiendo á la puerta en una como cestita de cordeles que le colgaba del cuello, y en virtud de lo cual podia tomar la yerba con la boca. Tenia un penacho encarnado sobre la frente, un collar de cascabeles que sonaban alegremente á cada uno de sus movimientos, un pretal de cuero guarnecido de placas relucientes como oro, una silla ancha, cubierta con una manta de colores, con un pomo de arzon ancho de cuero y cobre en que poderse apoyar por delante, y dos estribos de hierro sostenidos por correas cortas, en

medio de la silla, para que una mujer pudiera poner en ellos los piés.

—Vamos, Genoveva—me dijo Cipriano—no perdamos un momento, hay mucho que andar, el sol se eleva con rapidez en saliendo de los abetos, y la familia está esperándonos.

Eché la llave á la puerta y se la entregué como si fuera ya mi marido; me tomó en brazos lo mismo que si fuese una pajita de trigo; me sentó en la silla, metió mis piés en los estribos y me puso la brida en una mano, diciéndome que me agarrase con la otra al pomo del arzon. No os dé temor, Genoveva, me dijo, voy á ir á vuestro lado, un poco delante, guiando á la mula; y si da un paso en falso ú os asustais, gritad sin cuidado, y arrojaos hácia mí que no os dejaré caer en tierra.

## XXX.

Llevaba mucho miedo; pero lo disimulé y aun me tranquilicé al ver los hombros y los cabellos de Cipriano, que casi tocaban mis rodillas y limpiaban el polvo de mis zapatos. Me convení á mí misma de que nada tenía que temer, yendo tan inmediata á él. Aun no había amanecido cuando atravesamos el puentecito de en medio de los prados, y comenzamos á subir el sendero que guía á las montañas.

Cipriano, sin volver la cabeza ni dirigirme una sola palabra, echó á cantar con toda su fuerza y con voz tan hermosa, que las rocas del camino resonaban con la canción de los desposorios. Los cascabeles y las herraduras de la mula hacían el acompañamiento á la canción de Cipriano, y los ruiseñores que se despertaban, y las alondras que huían, y el ruido de las cascadas, y las jóvenes que se levantaban de su cama y se ponían á las puertas de sus cabañas para vernos pasar, todo aquello era tan alegre, que el placer me extasiaba y me figuraba ir al tercer cielo. Veníase me á la memoria la imágen de la Santísima Virgen que yo había visto en la Biblia, sobre la cama de mi madre, cuando aquella señora va á ver

á su prima sentada con el niño Jesus sobre una mula que conducia de la brida un ángel. Yo me decia: «vas como una Virgen, ¿pero qué has hecho del niño?» y durante un rato me ponía triste reflexionando en que habia dejado en el pueblo á Pepita; pero esto duraba poco. Cipriano trasponia otra roca, penetraba en otro bosque, cruzaba otro torrente, metiéndose en el agua con las piernas desnudas, ó bien subiéndose á la grupa de la mula detras de mí, y todo se tornaba á lo de antes, sorpresa, alegría y risa.

## XXXI.

Era una novedad completa para mí la vista de los paisajes, del cielo, de las montañas, de los bosques, de las aguas, de todas las cosas que existen en la superficie de la tierra; no habia salido nunca de Voiron y poquitas veces de mi morada; todo aquello se presentaba á mis ojos como una fiesta de pólvora. De todo me admiraba, y hacia preguntas á Cipriano sobre todo, y á pesar de esto no tenia ningun miedo hallándome á su lado. Pero no, debo decir con verdad que dos ó tres veces fingí tener miedo al borde del precipicio y del ruido del torrente; di un grito y me arrojé sobre el cuello de mi conductor, para que me sostuviese á medias y me rodeara con su robusto brazo y de este modo no temer nada.

—¿Y él no se valió de la ocasion para daros un solo beso, Genoveva?

—Oh, no señor! Os lo juro; era demasiado bueno para eso; no me trató en el camino de otro modo que lo habria hecho si fuese mi propio ángel de la Guarda. Iba mas encarnado de vergüenza que yo; no me tocó con sus lábios hasta que lo hizo delante de todo el mundo, en la mesa, y en la casa de su madre, cuando su padre le dijo: «vamos, Cipriano, ¿besa á tu desposada!»

## XXXII.

Nos paramos algunas veces para dar lugar á que descansase la mula á la sombra, al pié de la roca, á la orilla del agua. Cipriano

arrancaba ramas de abetos y me las daba para que me abanicase ó para que espantase las moscas: una vez que tuve sed me trajo agua del torrente en la concavidad de sus dos anchas manos, que redondeó como una copa; las levantó hasta mí y hebi inclinándome. No me saciaba bebiendo de aquel modo; parecíame que aquello me familiarizaba con el que debía ser mi marido, y que bebia verdaderamente su sudor y su vida. No era tanta mi sed cuanto el agua que bebia, y Cipriano riéndose me decía: «bien, señorita Genoveva, no os apresureis; de este modo es como bebemos en la montaña, cuando venimos á segar el heno.»

Después, cuando yo habia concluido, bebia él á mi lado, separaba sus manos, y me dejaba caer algunas gotas en la cara para refrescarme la frente. Esto es todo lo que nos sucedió en el camino.

¡Dios mío, qué hermoso me pareció todo aquello! Las angosturas por las cuales se creía que la mula no podría pasar, pues tanto se aproximaban las rocas y los abetos que casi cerraban el camino; las nieves derretidas, que rodaban como corderos al derribarse, de roca en roca, dando gritos, chillando, silvando como personas; las ramas de los abetos que se estendian sobre el camino y me obligaban á bajar la cabeza sobre el cuello del animal, por temor de dejar en ellos mi cofia y mi peine; los precipicios todos, llenos de flores azules y amarillas que nunca habia visto en los jardines de Voiron; la blanca espuma que se divisaba en lo profundo, como esclusas de leche caídas del cielo; los arcos iris que formaban puentes desde uno de los lados del abismo al otro y que se veían debajo en vez de verse encima; nieblas pasajeras que se levantaban de los abetos y se convertian en nubes, que estallaban en relámpagos, en truenos, en ondas de un cuarto de lengua y que después se disipaban, como las pompas de agua de jabon de Pepita con un soplo, y dejaban ver un cielo claro, tan azul como el agua del lavadero cuando las lavanderas han desleido en él albayalde; yo no me causaba de contemplarlo todo, y me decía: «Cuán grande es el mundo!»

Habria querido no llegar nunca, y esperar siempre. Cipriano estaba harto de ver aquello, y sin embargo no manifestaba tener mas prisa que yo. Me decía: — Genoveva, no me vais á creer; pero os aseguro que nunca me ha parecido el paisaje tan hermoso como esta vez. No sé por qué; pero es así.

Y á cada paso le parecia que el animal iba demasiado aprisa, porque olfateaba el prado, según decia él, y hallaba continuamente un motivo distinto para detenerle, unas veces para apretarle la cincha, otras para alfojarle una correa de las del cuello y algunas para quitarle una piedra de la herradura. ¡Oh! queria mucho á su mula!

## XXXIII.

Luego de llegar á un puente largo, de madera, y pintado de encarnado, en el paraje que separa los bosques de Montagnol del bosque de Valneige, oímos tiros de fusil que resonaban en las rocas á manera de truenos.

— No temais, me dijo Cipriano, son los parientes que, en compañía de los muchachos y muchachas del país, se adelantan para festejaros.

Cuando llegamos á ellos se hallaban en medio del fuerte. Eran mas de treinta, entre jóvenes, viejos y niños. El padre de Cipriano venia á su frente. Su hijo le entregó las riendas de la mula. Los niños arrojaban granos de trigo y amapolas á los piés del animal, de suerte que el piso del puente estaba todo alfombrado de grana, pero yo iba mas encendida aun que las amapolas, de vergüenza de verme festejada lo mismo que una reina que entrase triunfante en Jerusalem, ¡yo, pobre criada, que no habia cumplido todavía veinte años! ¿No era cosa para anonadarme?

De este modo me llevaron de puerta en puerta hasta llegar á la iglesia, en donde el cura con el monaguillo nos estaban aguardando para bendecir los desposorios, y de aquí fuimos á casa del padre de Cipriano para saludar á su madre y probar el pan. En

frente de las diversas casas que íbamos encontrando, habia junto á la puerta una mesita, cubierta con un mantel, que tenia encima rosquillas, pasteles, vino blanco y flores. Las madres y las hijas estaban cada una en su puerta, y era preciso probar de todo aquello al pasar, para no romper con la costumbre. Hecho esto ya se le tenia á uno por hijo del pais.

La madre de Cipriano me puso un banco de abeto con tres piés para que me apease. Me tomó de la mano y me llevó, primero al establo, luego al granero, á la lecheria, á la fuente, al lavadero, al horno y últimamente á la casa. En una larga mesa habia una porcion de pan, pasteles cocidos en el horno y vino. Despues fuimos á la cocina, en donde se veian muchas cazuelas humeando; la madre de Cipriano me hizo probar dos ó tres cosas, luego me besó y me habló en lengua del pais, de modo que no entendí bien lo que me decia.

No me atreví á contestarla. Los hombres se sentaron á la mesa; sus mujeres, la madre y yo les serviamos; aunque de rato en rato el padre me hacia sentar en el banco, comer alguna cosa y beber una taza de vino blanco con él: todo lo demas del tiempo lo empleé en alzar mi vestido de seda y prenderlo en la hebilla del cinturon, en levantarme las mangas, quitarme la cofia, mudar los platos, y llenar las botellas á los convidados.

No tiene orgullo y es trabajadora, decian las viejas á la madre de Cipriano; teneis suerte, pues sabrá manejar la casa.

XXXIV.

Luego que se acabó de comer, y cuando solo quedaron los padres en la mesa hablando de diferentes cosas y bebiendo, Cipriano me llevó á ver las propiedades, los abetos y el prado de su padre: las vacas pacian en la yerba, tan alta que les cubria las patas!

Iba nombrándolas una tras otra, y diciéndome los defectos y cualidades de cada una.

—Esta — me decia — se viene todos los dias por sí sola á que

la ordeñen; aquella hace el mismo servicio que un buey, pero está siempre flaca; por eso la llamamos la criada. Esta otra que tiene rayas negras y de color de castaña es la mas hermosa, pero tan soberbia y caprichosa como una cabra; la de mas allá tiene un cuerno atravesado; hay que no descuidarse con ella, Genoveva, porque hasta que no os conozca os mirará de mala gana.

Me lo avisaba todo y me instruía de lo que habia de hacer para contestar á su madre, y para que todos los de la casa me tomasen cariño. Yo le daba gracias, añadiéndole:

— Descuida, Cipriano; ¿no ves que he servido toda mi vida?

Luego veia con admiración los abetos, las mieses, los frutales, las colmenas cubiertas con sus techos que acababan en punta para escurrir la nieve, los patos, las gallinas, en fin, ¡todo! y me decia á mí misma: ¡harto tenia, sin esto, con Cipriano!

Él me volvió muy contenta á la casa, en donde hallamos á los viejos bebiendo aun, y eso que el sol se habia elevado ya á la mitad del cielo, y me enseñó la habitacion que debiamos ocupar los dos, encima del establo; la escalera por donde se subia á ella era de abeto, y habia una galeria pequeña, tapizada de maiz, reluciente como si la pared hubiese sido de oro. El cuarto era bajo y pequeño, todo de madera de abeto.

— ¡Caramba! qué bien estamos aquí; esto es suficiente espacio para dos! — decia yo, en atención á que pensaba dejar á la niña en Noiron continuando en su enseñanza, pues Cipriano me habia advertido en el camino, que su madre no queria en su compañía á nadie mas que á mí.

Y por otra parte yo me hacia esta reflexion; aquella pobre niña ha estado siempre muy mimada; no sabe lo que es pena, y padeceria demasiado viéndose aldeana despues de haberse visto casi señorita en su niñez.

Ya no hablamos mas; bajamos por donde habiamos subido, y hallamos en la calle á la mula que nos esperaba engalanada. El padre de Cipriano fué el que me ayudó á subir á ella. Luego vino acompañándonos todo el pais hasta llegar al puente encarnado;

desde donde Cipriano y yo seguimos desandando, desposados y contentos, lo que habíamos andado por la mañana.

## XXXV.

Consistía nuestra alegría, principalmente, en que no podíamos retroceder, y en que habíamos bebido y comido juntos y puesto las del uno en las del otro nuestras manos. La imaginación nos abultaba el tiempo que había de trascurrir hasta el gran día: sin embargo, Cipriano me dió palabra de venir todos los domingos por mí, para llevarme á oír misa á Voiron, y á pasearme por los prados; lo cual hacía resignarnos.

¡Dios mío, qué feliz era yo, y Cipriano también! ¡qué satisfecho estaba! Parecía otro muy diferente que aquel de por la mañana; me miraba, le miraba, nos mirábamos, arrancaba ramas de arbolillos para darme sombra; saludaba con rostro alegre y de buen humor á cuantos encontrábamos al paso, pareciendo que deseaba abrir su corazón henchido de placer, para comunicar este á todo el mundo. Y cuando le preguntaban: «¿Qué conduces tan alegre á la ciudad? Cipriano, ¿quieres vender la carga de tu mula? ¡Oh, no! decía, es mi corazón, no le vendo, pero le dejo tomar.» Y despues se reían todos bebiendo una copa á nuestra salud, y diciendo todos al marcharse: «Ahí teneis á Cipriano que lleva á su desposada, la Genoveva, la hija del vidriero. Él es un buen mancebo, y ella una buena muchacha por vida nuestra.» Esto decían, señor. Perdonad que me alabe, ¡pero hace ya tanto tiempo que esto pasó, tanto tiempo!

## XXXVI.

Tanto nos detuvimos en el camino, que cuando llegamos á la falda de las montañas, esto es, al puente de los prados de Voiron, ya había cerrado la noche con más de dos horas; dos horas, sin embargo, que se pasaron como un soplo. Cipriano, que con la

noche se volvía más atrevido, se detuvo en aquel puente, cerca de la casa del ayuntamiento.

—Ya estamos en el pueblo, Genoveva,—me dijo tristemente;—es forzoso despedirnos antes de penetrar en la calle, donde todo se oye.

—Sí, Cipriano, despedámonos aquí, le repliqué, y cuando me hayais apeado de la mula delante de la puerta, no entrareis siquiera; os volvereis sin pronunciar aun mi nombre, para no dar que decir á malas lenguas.

Entonces, señor, apoyó sus dos brazos sobre el cuello de la mula, á la manera de quien reza apoyándose sobre su banco en la iglesia; inclinó la cabeza hácia mi lado, acerqué mi cara á la suya; él me dijo: «Adios, señorita Genoveva.» Yo le contesté: «Adios, señor Cipriano.» Despues suspiró muy fuerte, yo suspiré muy fuerte también; y él repitió: «Adios, señorita Genoveva.» Y yo repetí: «Adios, señor Cipriano.» Y luego repetimos cincuenta veces, por lo menos, cada uno: «¡Adios, Genoveva! ¡Adios Cipriano!» Y otras tantas veces suspiramos sin decir más ni menos; y al fin levantó el brazo izquierdo para rodeármele á la cintura y atraerme un poco hácia sí, y me besó estrechándome contra su corazón. Cogió otra vez las riendas de su mula, echó á andar sin más volverse, ni chistar siquiera hasta mi casa, me apeó sobre el banco de piedra que está en la puerta, hizo volver la cabeza á la mula, y partió sin detenerse ni mirar atrás. Solo advertí que iba llorando; lo cual hice yo también por lo bajo, cuando me quedé un momento sentada sobre el banco de piedra; sola y á la sombra de la puerta.

## XXXVII.

Luego que hube dejado de percibir el ruido que hacía la mula con sus herraduras en el suelo, saqué la llave de la casa, del bolsillo de mi delantal, y en habiendo entrado cerré la puerta detras de mí. Encendí luz, y con ella en la mano llegué á la trastienda, en donde estaban mi armario y mi cama, para desnudarme. Iba an-